

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

los nombres son propios

ES posible que fuera más práctico para todos —y no está excluido de las posibilidades sorprendentes que nos puedan aguardar en el porvenir— el que en lugar de un nombre llevemos los mortales un número asignado, que haga las veces de nuestro patronímico, y que sirva para distinguirnos de los demás como si fuéramos un vehículo de tracción mecánica, que también por ese camino vamos adelantando. Podríamos pertenecer en el futuro a la serie aritmética y estadística de los entes preconizados hace años por un tipo callejero singular que recorría en mi juventud las calles de Barcelona vendiendo toda clase de artículos y al que se conocía —como en sugestiva estampa ha recordado recientemente el periodista Sempronio— por «Artículos numerados». Dicho sujeto desconocía sistemáticamente a las cosas y a las gentes si en su personalísima contabilidad de la vida no les había asignado previamente un número. No sabemos cuál era el número que a nosotros nos había adjudicado, en el riguroso escalafón por él establecido, pero debíamos de andar muy tardíos en su columna, allá por el veinteaño millar, ya que su cortesía para con nosotros era muy sumaria, como corresponde a los sobrevenidos de última hora. Algo ocurre ya con ello ahora; no nos basta decir quiénes somos, cómo nos llamamos, de quién venimos. Cualquiera de las contingencias generacionales, profesionales, físicas o caracteriológicas quedan sumariamente sustituidas por la cifra que somos en nuestro carnet de identidad. En este aspecto hemos pasado ya a ser oficialmente unos artículos numerados, y José Cardona Olivé, inventor o precursor del sistema, natural de Pont de la Armentera, provincia de Tarragona, que se adjudicó a sí mismo en sus orígenes el número uno, inicial de la lista humana, merecería quizá un monumento en un parque como pionero de la numeración universal.

Ante el peligro matemático y cifrado de la despersonalización no queda más que un recurso y un remedio: agarrarse como podamos al nombre propio y patronímico de cada uno, como se agarra la palabra al objeto, como se agarra la palabra «roble» a su tronco y a sus hojas, o la palabra «río» a lo que es un río, por dar un ejemplo de concepto cambiante y a cada instante nuevo, pero que nunca deja de ser lo que es. Los nombres son, en definitiva, los que hacen las cosas, de modo que puesto que en principio fue el verbo, unos y otras son lo mismo. Y nosotros somos el nombre que llevamos, con aquella absurda pero inequívoca unidad que hizo responder a un distinguido filósofo vagabundo, en cierta ocasión, a una dama que le preguntaba en el tren, recién parado en una estación para ella desconocida, qué ciudad era aquella. Dijo el filósofo: «Mataré, como su nombre indica.»

Todos somos aquél que nuestro nombre indica, cosa natural; y ese patronímico insoslayable, que discuten antes de nuestro nacimiento los abuelos, los padres, las tías del que va a nacer, ese nombre sobre el que, sin que ninguno de nosotros pueda intervenir desde el pre-mundo —al que asiste pero no como espectador, sino como embrión o germen—, nosotros creemos que no depende de la dialéctica ocasional de los que, en definitiva, resultarán luego forasteros al sino que nuestro

nombre nos dé. Este sino y el nombre se confunden por razones que nadie sabría explicar, en la mortal —o inmortal— lotería humana. Decimos hoy Miguel Angel o Raphael sin comprender la total inexorabilidad de esos atributos verbales; y el Dante se llamaba así, desde su nacimiento, como una palabra propia que se anticipara a su genio.

No hay que hincar demasiado el acento ni esforzarse desmesuradamente en la atribución de los patronímicos. Nadie escapa al nombre que le va a vestir. Cruzan las épocas y las modas sobre los patronímicos marcando sutilmente de su color a los seres humanos. En la época del naturalismo los seres humanos propendían onomásticamente a la botánica. Las mujeres se llamaban Florinda, Rosalinda u Hortensia; los hombres se llamaban Florencio y, hasta alguno, Crisanto; contribución específica a los gustos de la época, que en la arquitectura amanecía a su vez con oropeles vegetales. Los apriorismos sociológicos y la temática de las ideas grandiosas ha influido notablemente en la deliberada huida del clásico santoral, dentro del cual la gente no se aventura —y hace bien— en demasiadas fantasías y de cuya gama acostumbra a elegir los nombres más simples, razón por la cual hay, en España por ejemplo, tantos seres humanos que se llaman simplemente Pepe. La transmutación laica de la Revolución francesa abrió las puertas a bautizos de otro orden y la gente empezó a llamarse según la oportunidad de nuevas calendas. Aún existen rastros evidentes de la mutación acacia en aquellas fechas. Existen, en el muestrario onomástico, nombres específicos de determinada actitud mental irreductible y hasta desafiante, de un racionalismo realmente acervo. De entre ellos, hay alguno que no podemos olvidar por su significativa y original elocuencia. Contaba Agustín de Foxá haber conocido en cierto país centroamericano a un hombre de mundo que respondió al desconcertante, pero culto, nombre de «Epurisimove», según la literal contracción del famoso desplante de Galileo. Su progenitor había manifestado así públicamente ante la posteridad, a costa de infinitas e incómodas aclaraciones del beneficiario —llegado éste algún día a la edad de justificarse por su cuenta—, su independencia de conceptos, su justiciera reivindicación de la física, su espíritu sin prejuicios. Alvarez de apellido, Epurisimove Alvarez era conocido, familiarmente, en

no deja de ser raro

no deja de ser suficiente, para huir de la cifra aritmética y de la despersonalización, meterse como en una vaina en la envoltura eufónica de un hombre? Una vez en la vida, con nuestro nombre y nuestra alma puestos, ¿hacemos nosotros al nombre o es él, por el contrario, quien nos influye y nos retoca? En pluma de Oscar Wilde «the importance of being Earnest», no significa que para Ernesto sea sencilla la función acomodaticia del equívoco. Los nombres que llevamos se entrecruzan con el ser que somos a su pesar,

sociedad, y entre sus íntimos, simplemente como Epurá, y así rezaban sus tarjetas. Al decir de Foxá era hombre relevante y muy considerado, sin el menor complejo ya.

Hoy la cosa es distinta, pero no es distinto el empeño, la tenacidad, la voluntad, que se pone en la adjudicación del patronímico, cosa que nos parece demostrar más aún la lucha del individuo por huir de la cifra y por singularizar al ser humano. Nos acaba de dar buena prueba de ello, la semana pasada, un joven ingeniero francés. El lunes anterior a la fecha en que escribo, nació en una clínica de Boulogne una niña a la que su padre quiso imponer el nombre de Dafnis, o Daphne en lengua francesa. Se presentó en la alcaldía para declarar el nacimiento de la criatura e inscribirla con tal mitológico patronímico. El oficial de turno se negó a ello, puesto que dicho nombre no figura en el calendario y era necesario elevar el asunto, según la legislación francesa, al «Procureurs» de la República, y por tanto llevar el asunto a París.

Digna precocemente de la antiquísima y bella leyenda la niña sin nombre corrió durante años días el riesgo de convertirse no en laurel, como en la mitología llegó a hacerlo su posible homónimo, sino en leguleyo papel de barba. Ya en los despachos judiciales de París, el juez invocó nada menos que la ley del 11 Germinal del año 11, que no autoriza como patronímicos en Francia sino a los santos del calendario y a los personajes de la antigua historia; pero Dafnis pertenece a la mitología. Las Dafnis patronímicas posteriores, la «Daphne Adeane» de Baring o la escritora Daphne du Maurier, que conocemos y que nos pudieran servir de antecedentes, corresponden al mundo anglosajón, más amplio en sus gamas onomásticas.

Pero ya en las altas esferas, la cuestión, que hoy sienta ya jurisprudencia, fue resuelta a gusto del esforzado padre. El propio Procurador General de la República, a instancia del abogado del demandante, consideró que una niña —o todas las que en lo sucesivo tengan padres que se empeñen en ello— podrá llamarse Daphne sin dificultad. Así lo había presumido, en su tiempo, naturalmente que sólo a efectos poéticos, nuestro don Francisco de Quevedo:

Delante del sol venía
corriendo Dafne, doncella
de extremada gallardía...

y tal vez la Daphne recién autorizada en Francia sea, no la beneficiaria, sino la víctima de su mitológico símbolo. En cualquier caso, hay siempre una extrañeza respecto a lo que somos, respecto a lo que nos llamamos. Se decía a sí mismo, ante el mundo circundante, atónito de sí, en mitad del paisaje, Federico García Lorca:

Entre la tarde y esos olmos altos
es raro que me llame Federico...

Es raro, es raro que nos llamemos —que nos llamen— de algún modo...